

# MULTIDIMENSIONALIDAD GENEALÓGICA DE LA PULSIÓN DE MUERTE

## *Genealogical multidimensionality of death drive*

José Luis ROMERO

Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 11/2/2014

Aprobado: 12/15/2014

### **Resumen:**

Desde su primera formulación por Freud, la pulsión de muerte ha sido una de las propuestas más controvertidas del psicoanálisis. Aunque presentada como una tendencia biológica inherente al organismo, la predisposición hacia su propia autoanulación también ha recibido otro tipo de explicaciones en el ser humano. El objetivo de este artículo es remitir la genealogía de la pulsión de muerte al menos a cuatro dimensiones diferenciadas (sociopolítica, biográfica, biológica-vitalista y psico(onto)lógica), apostando por una perspectiva integradora de las mismas.

*Palabras clave:* Pulsión de muerte, Freud, psicoanálisis, multidimensionalidad, integración

### **Abstract:**

Since its first formulation by Freud, death drive has been one of the most controversial proposals of psychoanalysis. Although presented as a biological tendency inherent to the organism, the predisposition toward his own selflessness has also received other explanations in the human being. The aim of this paper is to refer the genealogy of death drive to four different dimensions (socio-political, biographical, biological-vitalist and psycho(onto)logic), relying on an integrated perspective of them.

*Keywords:* Death drive, Freud, psychoanalysis, multidimensionality, integration

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía y en Psicología, Máster Oficial en Psicoanálisis y Filosofía de la Cultura. Trabaja como psicólogo psicoterapeuta y filósofo asesor en *Alter Consulta* ([www.alterconsulta.com](http://www.alterconsulta.com)).

## 1. Introducción

Desde su aparición, la pulsión de muerte ha sido, y sigue siendo hoy, una de las propuestas más controvertidas del psicoanálisis. Formulada por Freud a partir de 1920 en *Más allá del principio de placer*,<sup>2</sup> el impulso tanático se postula como una tendencia inherente del organismo vivo hacia el estado previo inanimado y, por tanto, hacia la muerte. Se presenta así como una radical contradicción nuclear de la propia naturaleza vital, una paradójica oposición o resistencia de la vida respecto de sí misma, un contraimpulso de autocancelación. Entre sus expresiones más paradigmáticas destaca el fenómeno conocido como “compulsión a la repetición”, además de la propensión al sadismo y el masoquismo.

Así como ocurría con los impulsos vitales de autoconservación y sexual, propios de la primera teoría pulsional freudiana, en su posterior reformulación los impulsos eróticos y tanáticos se consideran igualmente fundamentados en la propia naturaleza biológica del organismo. Sin embargo, esta ortodoxa justificación originaria no es el único camino que se ha propuesto y que permite explicar, en lo que refiere al sujeto humano, la paradójica tendencia que presenta hacia su propia autoanulación.

Según veremos, la genealogía de la pulsión de muerte permite remitir, cuando menos, a cuatro dimensiones distintivas del ser humano, postulándose aquí una perspectiva integradora o confluyente de las mismas. A continuación abordamos estas dimensiones en un orden que, aun siguiendo un criterio desigual, pretende recorrer las mismas desde el extremo más “externo-objetivo” de lo social, pasando por el biográfico y el biológico-vitalista, al más “interno-subjetivo” de corte psico-ontológico.<sup>3</sup>

---

2 FREUD, Sigmund. “Más allá del principio de placer”. En: FREUD, Sigmund. *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza, 1984.

3 No abordamos aquí otras perspectivas que pudieran parecer oportunas, como es el caso de la “teoría integral” de Ken Wilber, de corte más bien junguiano, pues niegan la existencia de un impulso tanático originario consustancial al ser humano, afirmando en su lugar sólo un proceso secundario y patológico a partir del desequilibrio o malfuncionamiento del impulso vital originario. Véase WILBER, Ken. *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Madrid: Gaia, 2005. Capítulo 9.

## 2. Genealogía sociopolítica

La resonancia psíquica del conflicto social ha sido apuntada de diversas formas en la tradición psicoanalítica, sobre todo en su orientación más culturalista. Sin embargo, aquí abordaremos como primera guía el análisis de la pulsión de muerte realizado por Juan Bautista Fuentes<sup>4</sup>.

Desde una perspectiva sociocultural, las sociedades humanas históricas son sociedades complejas, en las que acontece un inevitable grado de pluralidad y, por tanto, de conflictividad normativo-social. Fuentes señala cómo esta dimensión de conflictividad social normativa no es accidental, sino que resulta consustancial e irresoluble en toda sociedad compleja, y se encuentra, además, maximizada en la actual sociedad capitalista.

La inevitable internalización del irresoluble conflicto sionormativo a nivel personal, a su vez, promueve la fragmentación o desintegración de los individuos, que se encuentran abocados hacia una permanente frustración. Fuentes destaca cómo esta dinámica genera en el sujeto un proceso que Scheller calificó como “resentimiento”: la desvaloración, desprecio y rechazo hacia aquello que se muestra inalcanzable, hacia aquello que aparece como fuente de continua frustración y sufrimiento, como el desprecio de la zorra por las uvas en la fábula de Esopo o La Fontaine.

De esta manera, emerge la pulsión de muerte como el necesario deseo de cesar el propio deseo vital doliente, es decir, como el deseo de desaparecer de la propia pulsión de vida debido a su inevitable y constante frustración en toda forma de organización social. Se evidencia así cómo el impulso tanático puede encontrar su génesis a partir de la dimensión sociopolítica en el sujeto humano.

Según enuncia Fuentes, el propio Freud reconoció en una carta a Lou Andreas-Salomé, a raíz del propio conflicto normativo que tenía con su hija Ana, hasta qué punto el sufrimiento así generado podía hacer deseable llegar al término de la propia vida.

Por otro lado, en el caso concreto de la sociedad capitalista, a la anterior explicación podemos añadir el particular isomorfismo realimentador que destacó Lacan<sup>5</sup> entre el rol de la plusvalía

---

4 FUENTES ORTEGA, Juan Bautista. “Significado psichistórico del instinto de muerte en Freud”. *Revista de Historia de la Psicología*, 2001, vol. 22, nº 1, pp. 9-16.

5 LACAN, Jacques. *Radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977. LACAN, Jacques. *El seminario de Lacan. Libro 16. De un otro al Otro*. Buenos Aires: Paidós, 2008. En este

económica descrita por Marx y el plus de goce apuntado por el propio Lacan.

En el nivel de la economía social, Marx desveló cómo la plusvalía es el excedente de valor final que, sin embargo, funciona a la vez como incesante causa y motor del proceso económico de inversión y producción. Es un plus o excedente final que, paradójicamente, opera como causa del mismo proceso económico que habrá de generarlo. Y cuanto más plusvalor se genera, en vez de saturarse y suturarse el citado proceso económico, mayor es el aliciente para acometer una reproducción ampliada del mismo.

A su vez, en el nivel de la economía psíquica, la relación con el objeto de deseo produce un plus de goce que opera como plusvalía afectiva. Es decir, siempre acontece una satisfacción-insatisfacción ambivalente, una satisfacción en la no satisfacción. El plus de goce funciona como el paradójico excedente de satisfacción que presenta la siempre inevitable insatisfacción del deseo. El plus de goce reactiva así la omnipresente frustración del deseo, alentando la falsa promesa de su imposible satisfacción plena en el futuro.

Tomando el conocido símil de Žižek<sup>6</sup>, el plus de goce, como la plusvalía, actúa cual bebida “refrescante” que, lejos de saciar, aumenta la sed. Y toda la maquinaria de la sociedad capitalista, por su parte, busca alimentar esta permanente y paradójica frustración-satisfacción del deseo en el incesante consumo de objetos que el capitalismo produce bajo la forma de mercancías. Una frustración cuyo excesivo peso, como ya fue señalado, predispone la emergencia del impulso tanático.

### 3. Genealogía biográfica

Tanto el psicoanálisis como la psicología humanista y la filosofía de corte existencial o existencialista, han entendido cómo la génesis de dinámicas de tipo tanático también acontece a partir del propio desarrollo del sujeto en su dimensión biográfica.

Esto es así debido a que la mera evolución biográfica del individuo, su indeterminado proceso de maduración y cambio personal, implica un doble proceso que tiende hacia la parálisis vital.

---

análisis he seguido la didáctica exposición de EMA, José Enrique. “Capitalismo y subjetividad. ¿Qué sujeto, qué vínculo y qué libertad?” *Psicoperspectivas*, 2009, vol. VIII, nº 2, pp. 224-247, disponible en <http://www.psicoperspectivas.cl>  
6 ŽIŽEK, Slavoj. *El frágil absoluto*. Valencia: Pre-Textos, 2002.

Por un lado, primero, acontece el miedo a la novedad, el temor hacia lo que está por venir, en tanto que lo futuro y novedoso siempre se encuentra impregnado de insalvable incertidumbre y riesgos todavía imponderables. Por otro lado, además, tenemos el inevitable y doloroso duelo que supone la pérdida de lo ya conocido, el difícil proceso de desapego por aquello a lo que tenemos apego, que ya ha sido asimilado como propio y cuya pérdida siempre supone incluso una cierta herida narcisista en la propia identidad.

Temor ante la incertidumbre de lo nuevo y dolor ante la pérdida de lo viejo. Desde estos dos ángulos complementarios, inherentes al proceso de cambio biográfico, resulta fácil ver cómo ambos fenómenos permiten y promueven el apego identitario, el estancamiento en lo ya conocido y, por ende, el conocido proceso tanático de compulsión a la repetición.

#### **4. Genealogía biológica-vitalista**

Como ya fue indicado, las dos teorías pulsionales freudianas, ambas dualistas, pretenden hundir sus raíces en el terreno de la biología. Según afirmó Freud, sólo el dualismo permite explicar el conflicto pulsional. Sin duda es una hipótesis plausible y como tal queda señalada. Sin embargo, el propio Freud también da pie a una comprensión no dualista de su segunda teoría pulsional, en la que cabe hacer incapié aquí, pues lograría explicar igualmente el origen del conflicto pulsional sin la necesidad de acudir al dualismo, mostrando así que éste no resulta imprescindible.

Concretamente, en el capítulo 4 de *El malestar en la cultura* Freud apunta cómo es la propia tendencia constructiva de Eros la que desemboca en el conflicto entre lo social, lo familiar y lo individual:

Comienza por manifestarse como un conflicto entre la familia y la comunidad social más amplia a la cual pertenece el individuo. Ya hemos entrevisto que una de las principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo. Cuanto más íntimos sean los vínculos entre los miembros de la familia, tanto mayor será muchas veces su inclinación a aislarse de los demás, tanto más difícil les resultará ingresar en las esferas sociales más vastas. El modo de vida en común

filogenéticamente más antiguo, el único que existe en la infancia, se resiste a ser sustituido por el cultural, de origen más reciente.<sup>7</sup>

Desde este punto de vista, la pulsión tanática sería la dimensión conflictiva que tiene el desarrollo de la propia pulsión vital erótica respecto de sí misma, en su intrínseco proceso de integración de los miembros de los grupos humanos, que ella misma ha configurado, en nuevas unidades cada vez más amplias, en conjuntos mayores que chocan y dislocan los límites de los anteriormente establecidos.

Por otro lado, la explicación monista del conflicto puede encontrarse también, de forma contundente, con anterioridad al desarrollo del psicoanálisis, en la tesis enunciada por Nietzsche, cuando afirma que “Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera se vuelven hacia dentro”<sup>8</sup>. Para Nietzsche, por tanto, es la propia voluntad de poderío vital la que, ante la restricción y frustración de su expresión agresiva, se vuelve sobre sí misma, dando lugar a la autoagresión. De este modo, Nietzsche formula la pulsión de muerte como reversión sobre sí misma de la pulsión de vida.

Volviendo de nuevo a Freud, cabe también enunciar cierto paralelismo entre el citado proceso de reversión pulsional nietzscheano y la particular explicación freudiana de la melancolía como fenómeno emergente a partir de la identificación del yo con el objeto amado, perdido y repudiado.<sup>9</sup> Nietzsche apunta cómo la dinámica pulsional agresiva retorna ante su bloqueo exterior, mientras que Freud, en esta dilucidación de la autoagresión masoquista propia de la melancolía, expone cómo dicho retorno acontece a partir de la previa identificación con el objeto luego perdido.

Pero Nietzsche va más lejos aún cuando señala cómo, en esta reversión agresiva sobre sí misma, la vida se encuentra, se expresa y se engancha en el propio goce de hacerse sufrir:

Tiene que ser una necesidad de primer rango la que una y otra vez hace crecer y prosperar esta especie hostil a la vida; tiene que ser, sin duda, un interés de la vida misma el que tal tipo de autocontradicción no se extinga. (...) en cambio, se experimenta y se busca un bienestar en el fracaso, la atrofia, el dolor, la desventura, lo feo, en la mengua arbitraria,

---

7 FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza, 1996. Cap. 4, pp. 45-46.

8 NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 1994. p. 96.

9 FREUD, Sigmund. “La aflicción y la melancolía”. En: FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Op. cit.

en la negación de sí, en la autoflagelación, en el autosacrificio. Todo esto es paradójico en grado sumo: aquí nos encontramos ante una escisión que se quiere escindida, que se goza a sí misma en ese sufrimiento y que se vuelve incluso siempre más segura de sí y más triunfante a medida que disminuye su propio presupuesto, la vitalidad fisiológica.<sup>10</sup>

Como puede observarse, Nietzsche parece apuntar de forma clara en estos términos a la ambivalencia afectiva que con posterior lucidez ilustrará el concepto de “goce” lacaniano, sobre el que habremos de volver más adelante.

## **5. Genealogía psico-ontológica**

Esta última perspectiva parte de los análisis realizados por la tradición fenomenológica. Autores como Brentano, Husserl, Heidegger o Sartre señalaron que la estructura fundamental de la conciencia es de tipo intencional. Según esta tesis, la naturaleza propia de la conciencia es ser conciencia-de algo distinto de sí misma, distinto de la propia conciencia. Por tanto, toda conciencia radica en un remitir al mundo, un apuntar hacia un exterior o afuera de sí.

En este sentido, Sartre<sup>11</sup> explicita el estatuto ontológico de la conciencia como el de una pura “nada” proyectada en las cosas. Una proyección a partir de la cual puede explicarse por qué la conciencia antepone y aplica sobre sí misma la comprensión de la dimensión objetiva de las cosas hacia la que se encuentra estructuralmente proyectada. De este modo, la conciencia tiene en sí misma, como tendencia estructural propia, la predisposición autoalienante, de malentender su propio ser, de cosificarse al comprenderse erróneamente a sí misma como un objeto del mundo, como una cosa entre las cosas, como un ente ante los ojos o a la mano<sup>12</sup>.

Esta alienación ontológica de la conciencia permite comprender su genuina escisión estructural, su ceguera ontológica consigo misma, el originario autorepudio o negación de su propio ser, el radical impulso nihilista que, cosificada por su propia pero tergiversada autocomprensión, la conciencia aplica sobre sí misma.

---

<sup>10</sup> NIETZSCHE, Friedrich. Op. cit. p. 137.

<sup>11</sup> SARTRE, Jean-Paul. *El ser y la nada*. Madrid: Alianza, 1989.

<sup>12</sup> HEIDEGGER, Martin. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2003.

De esta forma, se aclara el carácter originariamente “tachado”, sexuado o castrado de la subjetividad formulado por Lacan<sup>13</sup>, así como el nihilismo que le resulta ontológicamente inherente debido a su “agujero” o falta de ser. El sujeto nunca llega a ser la utópica plenitud objetiva que, sin embargo, entiende que ha de ser.

Se aclara así también la emergencia ontológica-estructural del fenómeno de la angustia, que expresa la inevitable vivencia de falta de ser de la conciencia. E igualmente se arroja luz sobre la escurridiza y controvertida naturaleza de la “represión originaria”, como reacción estructural ante el propio ser de la conciencia percibido como angustiante vacío ontológico, con la consiguiente negación y huida nihilista del sujeto respecto de sí mismo.

Vemos entonces cómo el impulso tanático encuentra aquí, en la alienación intencional de la conciencia respecto de su propio ser, su más profunda raíz ontológica.

El correlato vital de esta dinámica estructural de autorepudio de la conciencia será la elaboración imaginaria de un proyecto vital que sirva como anclaje del apego identitario reificante, un irresoluble dilema en el que la conciencia cosificada anhela el sentido autocomprendido de su propio recorrido vital, un proceso que Heidegger y Sartre denunciaron mediante las respectivas categorías de “caída” y “mala fe”.

Por último, sin embargo, cabe enunciar cómo la llamada fenomenología “material” o no intencional de Henry permite sumar otra perspectiva. Frente a la concepción de la conciencia como una pura nada frente al mundo, Henry afirma su “materialidad” ontológica. Ésta radica en la autoafección vital inmanente de la propia conciencia sobre sí misma. De este modo, la conciencia tiene vida y, de hecho, es la vida, antes de su relación mundana. La estructura intencional no es la realidad más originaria de la vida. Es el mundo, la objetividad, lo que tiene a la conciencia y a la vida, a la subjetividad, como su condición de posibilidad, como la luz que lo ilumina, y no al revés. Antes que nada, la conciencia es el pulso autoafectivo inmanente de la vida sobre sí misma. En su palpitar originario radica su absoluta prioridad ontológica.

Henry describe entonces cómo esta autoafección inmanente de la potencia vital implica de suyo la inseparable dualidad de gozarse y sufrirse, propia de todo sentirse o experimentarse en el esfuerzo de

---

13 LACAN, Jacques. *Escritos*. México: Siglo XXI, 2003.



toda acción o actividad vital. Una autoafección ontológica originaria e inmanente de la vida que Henry identifica con la pulsión freudiana, ahora despojada de cualesquiera connotaciones biologicistas u objetivistas, y cuya indisociable polaridad afectiva permite conectar igualmente con el goce lacaniano.

Pulsión, en resumidas cuentas, no designa en Freud una moción particular, sino el hecho de auto-impresionarse uno mismo sin jamás poder escapar de sí, y, en tanto que esta auto-impresión es efectiva, designa el peso y la carga de sí mismo. Pero esta auto-impresión, o auto-afección, es la esencia de la afectividad, y ésta constituye entonces la esencia de la pulsión -es decir, de la fuerza- y su última condición de posibilidad. Lo que hace la experiencia de sí en una inmediatez sin escapatoria, en la angustia de ser sí mismo, lo que se encuentra cargado de sí en un sufrir que puede llegar hasta el sufrimiento extremo, quiere ante todo huir de sí, huir de su sufrimiento; en todo caso quiere transformarse, transformarse en algo más soportable, actuar para deshacerse de esta carga demasiado pesada, que es la carga de sí mismo. Lo que actúa en este sentido y de esta manera es la pulsión freudiana. La pulsión es lo que es, sobre el fondo del afecto y de la esencia de la afectividad en ella; la esencia de la vida.<sup>14</sup>

De este modo, la fenomenología material de Henry permite una valiosa comprensión ontológica del goce lacaniano, superador de la dualidad pulsional Eros vs. Tánatos, y cuya inmanente dualidad afectiva, como ya constatamos, produce la paradójica satisfacción en la no satisfacción del plus de goce.

Lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta es siempre del orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña. Indiscutiblemente, hay goce en el nivel en que comienza a aparecer el dolor, y sabemos que es sólo en ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> HENRY, Michel. "Significación del concepto de inconsciente para el conocimiento del hombre". En: HENRY, Michel. *Fenomenología de la vida*. Barcelona: Columna, 1991. p. 178.

<sup>15</sup> LACAN, Jacques. "Psicoanálisis y medicina", p. 92. En: LACAN, Jacques. *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial, 1985. pp. 86-99. Citado en BRAUNSTEIN, Nestor. *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006. p. 21.

Una paradoja que, según vimos, ya adelantara Nietzsche al afirmar la connivencia del gozo vital con el sufrimiento, de la vida que “se goza a sí misma” sufriendo, así como la autoconsistencia ontológica de “una voluntad de la nada”<sup>16</sup>, abocada de forma autorreferencial a querer la nada, es decir, a no querer nada salvo a sí misma.

## 6. Conclusión

El trayecto hasta aquí recorrido permite constatar cómo el concepto de la pulsión de muerte no precisa limitar la controvertida cuestión de su origen y justificación al dualismo pulsional de naturaleza biológica propuesto y presupuesto por Freud. Según ha sido señalado, por el contrario, el impulso tanático puede germinar a partir de raíces plurales e incluso independientes en distintos ámbitos de realidad del ser humano.

De este modo, la permanente frustración resultante de la internalización subjetiva del irresoluble conflicto normativo propio de las sociedades complejas, permite explicar el deseo de autoanulación de la subjetividad a partir del contexto sociopolítico, una frustración maximizada por la dinámica del plus de goce que retroalimenta el consumo mercantil propio de la sociedad capitalista.

Por otro lado, el proceso de cambio biográfico predispone al apego identitario, la compulsión a la repetición y el estancamiento vital, en tanto que confronta a los sujetos con el doloroso desprendimiento de lo viejo ya (re)conocido y la temida incertidumbre de lo nuevo aún por conocer.

Por su parte, desde una perspectiva biológica-vitalista, la pulsión tanática es objeto de diversas justificaciones. Aquí ubicamos el dualismo pulsional originario propio de la ortodoxia freudiana. Pero también la conflictividad consustancial que, desde postulados monistas, despliega la propia pulsión erótica o vital, bien en el proceso de su reconfiguración en unidades sociales cada vez mayores que chocan con las anteriores (Freud), bien en el proceso de reversión pulsional sobre sí misma ante la identificación melancólica (Freud) y/o la cancelación de su proyección objetal externa (Nietzsche).

Por último, desde la más profunda o radical perspectiva psico-onto-fenomenológica, la conciencia se muestra nuclearmente

---

16 NIETZSCHE, Friedrich. Op. cit. p. 186.

escindida, “tachada”, alienada y reprimida respecto de su propio modo de ser originario, y la subjetividad predispuesta, por tanto, a la experiencia estructural de la angustia, la autonegación y la huida nihilista respecto de sí misma. La fenomenología material o no intencional de Henry, además, ilumina la indisociable dualidad autoafectiva originaria de la conciencia, la autoexperiencia inmanente de la vida, previa a la objetividad intencional del mundo. Una polaridad afectiva cuyo gozarse-sufrirse nos remite al goce lacaniano y su comprensión de la pulsión de muerte como el reverso dimensional inherente al propio impulso vital.

Así pues, no parece legítimo limitar la génesis de la pulsionalidad tanática de forma exclusiva a una sola esfera de la realidad humana. Por el contrario, el complejo impulso de autoanulación en el ser humano parece obedecer a una pluralidad de ámbitos dimensionales, que aquí hemos especificado y que, lejos de resultar exclusivos o excluyentes, se presentan como confluentes y complementarios.



